

RETRATO DEL GOBIERNO DESPUÉS DE UN AÑO

En el prólogo del libro he señalado los dos problemas centrales de la política española de hoy: un gobierno social-comunista, apoyado por independentistas y filoterroristas, y una oposición de derechas o centro derecha dividida e incapaz de plantar cara de una manera eficaz a los planes de ese gobierno.

Toca ahora analizar los dos polos de esta situación, el del gobierno y el de la oposición. Y el primero es el del gobierno.

El gobierno social-comunista

A Sánchez no le gusta, incluso le molesta notoriamente, que a su gobierno se le etiquete como social-comunista. Algo que, curiosamente, sí le gusta a su vicepresidente segundo, que ha amenazado en las Cortes a la derecha con que «van a tener gobierno social-comunista para rato», sin tenerle miedo a la palabra que define sus ideas políticas e incluso sus afectos. Puedo entender a Sánchez, porque pasearse por el mundo y, sobre todo, por Europa

como aliado de los comunistas es algo que a cualquier político europeo decente debe darle vergüenza, mejor dicho, le da vergüenza, incluso al propio Sánchez, a juzgar por los esfuerzos que hace por negarlo.

No hay que olvidar que, de los veintisiete países que componen la Unión Europea, nada menos que doce (Alemania —en su mitad—, Bulgaria, Croacia, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa y Rumanía) han vivido más de cuarenta años bajo brutales dictaduras comunistas que, además de haberles negado la libertad y haberles tenido sometidos a una represión feroz, los han arruinado económicamente para varias generaciones. Y ya sabemos cómo Don Quijote nos dejó dicho que «la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida».

¿Cómo van a recibir, por ejemplo, en Alemania al presidente de un gobierno con comunistas, cuando recuerdan cómo los vopos ametrallaban por la espalda a aquellos compatriotas suyos que simplemente querían escapar del «paraíso» comunista de la República Democrática (¡increíble sarcasmo, ese nombre!) para pasarse al «infierno» capitalista de la República Federal? Para los ciudadanos de estos doce países el comunismo no es una gamberrada de niños mimados que, desde su situación de privilegio por vivir en un país libre, juegan a imitar a asesinos, como Lenin, Stalin, Mao o Fidel Castro, y a poner en práctica sus delirios de ingeniería social. Para los ciudadanos de estos países el comunismo es el recuerdo vivo de sus tragedias, unas tragedias que destrozaron sus vidas y las de sus familias y arruinaron sus economías.

Por tanto, es muy comprensible que a Sánchez le moleste —y hasta le asuste— que a su gobierno lo califiquen como comunista. En esto coincide un poco con su vicepresidente segundo, Pablo Iglesias, que, aunque es un marxista-leninista convencido, tiene dadas órdenes a sus correligionarios de no utilizar nunca la expresión nefanda, porque sabe todas las connotaciones negativas que la palabra «comunista» tiene, aunque la utilizó, eso sí, unida a la de socialista en la intervención ya mencionada.

Pero que la evite no quiere decir que esquite lo que hay detrás de la palabra, «comunismo». Al revés, implantar un régimen comunista es el objetivo expreso de su partido Podemos, y a eso dirige todos sus movimientos tácticos. Empezando por el primero de todos, que es el de camuflar la dichosa palabrita.

Claro que no puede evitar que a muchos de sus compañeros de coalición se les escapen los auténticos propósitos de su política, y hagan exhibiciones impúdicas de sus creencias totalitarias y nostálgicas de ese socialismo real que fue y es el comunismo. Así tenemos, ahora que hemos recordado la tragedia de las dos Alemanias (por otro lado, el mejor escaparate y argumento, junto con las dos Coreas, para comprender los efectos del comunismo y compararlos con los del capitalismo), al ministro de Consumo, Alberto Garzón, que declara que no es «ni de izquierdas ni político, soy comunista», y que para demostrarlo posa con una camiseta de esa República Democrática Alemana que ametrallaba a los ciudadanos que querían marcharse de allí.

O tenemos a un concejal del Ayuntamiento de Madrid, Mauricio Valiente, que durante los años de alcaldía de Manuela Carmena presidió la Junta Municipal de Chamartín y colocó un retrato de Lenin para que presidiera su despacho oficial.

¿Saben los líderes de esos otros países europeos con los que Pedro Sánchez se codea con desenvoltura cuando va a Bruselas

que el vicepresidente del Gobierno Iglesias declaraba el 2 de julio de 2016 que «la caída del Muro de Berlín fue una mala noticia para todos»?

También tenemos al veterano comunista, hoy desaparecido, Julio Anguita, al que Iglesias había despreciado repetidas veces, que en mayo de 2016 declaraba que, cuando hablaba con Alberto Garzón, entonces líder de Izquierda Unida, y con Pablo Iglesias, se encontraba a gusto «porque todos, ellos y yo, somos comunistas».

No sé si fue «ingenuidad» del viejo líder cordobés del comunismo español el dictaminar solemnemente que tanto IU como Podemos eran comunistas, ¡con lo que Iglesias había evitado siempre esa etiqueta!, pero el caso es que en las elecciones generales que tuvieron lugar un mes después, en junio de ese año, las primeras a las que acudieron juntos Podemos e IU, con el nuevo nombre de Unidos Podemos, obtuvieron cinco millones de votos, un extraordinario resultado para un partido comunista occidental.

Sin embargo fue un resultado peor de lo que esperaban, porque se habían unido las dos formaciones, ya que, en las elecciones de diciembre de 2015, a las que concurren separados, Podemos obtuvo 5,2 millones de votos y 900.000 Unidad Popular en Común (otro nombre para disimular su esencia comunista, con el que se presentó la IU de Alberto Garzón). Lo que quiere decir que, tras las declaraciones de Anguita, la suma de las dos marcas comunistas perdió 1.200.000 votos.

Lo que sí viene a demostrar todo esto es que Pedro Sánchez hace bien en intentar disimular la condición de comunista que tiene su gobierno y procurar que no se le asocie con esa palabra impronunciable. Pero que consiga o no esquivar o esconder la palabra no quita para que la acción de su gobierno en este pri-

mer año esté siguiendo un guion típicamente comunista. «Socialista del siglo XXI», es decir, comunista que no lo dice a las claras.

Lo que me parece más grave y preocupante de este gobierno es que el programa que tiene —y que está cumpliendo— no se limita a ser eso, un programa de gobierno, sino un programa para pasar de ser una democracia liberal, homologable a las democracias avanzadas de los países occidentales, a otra cosa, que ellos llamarán «democracia popular», como en los países del Este de Europa bajo la bota soviética, o «bolivariana», como en la desdichada Venezuela de hoy.

«Con Bildu, no»

Hay un agravante y es que este programa que, imparable, va ejecutando el gobierno de Sánchez, no solo no lo dio a conocer a los ciudadanos antes de las elecciones, sino que, expresamente, lo negó. Porque Sánchez se presentó con la promesa y el compromiso formal de no pactar ni con Podemos, ni con Bildu ni con los independentistas. Merece la pena recordar algunas de esas declaraciones con esos compromisos que repitió innumerables veces.

Ya en 2015 Sánchez se comprometió a no pactar con Bildu si llegaba a la Presidencia del Gobierno. «Con Bildu no vamos a pactar. Si quiere se lo repito cinco veces o veinte. Con Bildu, se lo repito, no vamos a pactar», dijo de manera tajante durante una entrevista.

Las «líneas rojas» de Sánchez

Por aquel entonces, el PSOE, decía Sánchez, tenía unas «líneas rojas» que no podía cruzar. Y en una intervención en el Con-

greso de los Diputados afirmó que no iba a permitir que la gobernabilidad de España descansara en partidos independentistas o en aquellos que «querían romper España». «Lo he dicho en público y en privado. Y lo digo aquí para que conste en acta».

También dijo en junio de 2019: «El Partido Socialista de Navarra y el Partido Socialista Obrero Español tenemos la misma posición: con Bildu no se acuerda nada». En esto coincidía con la vicepresidenta del Gobierno, Carmen Calvo, que había declarado: «EH Bildu no es socio de gobierno para el PSOE en ninguna de sus formas [...] es un asunto que está claro, siempre ha estado claro y por tanto no tenemos que volver a decirlo. El PSOE no cuenta con Bildu ni ahora ni en ninguna forma de concertación de gobierno».

Y cuando Pablo Casado le preguntó a Sánchez en el debate electoral previo a las elecciones de noviembre de 2019: «¿Con quién pactará usted, señor Sánchez? ¿Con ERC y Bildu?», Sánchez respondió: «¡Qué barbaridad, señor Casado!».

Sin embargo, a principios de 2020 los socialistas navarros pactaron con Bildu, demostrando que ya no existe veto del PSOE a esa organización. Y ahora Bildu es uno de los partidos que apoyan al gobierno de Sánchez, con el que llega a acuerdos, entre otros, para acercar a presos terroristas al País Vasco.

Y aún hay más. Como ya he dicho, en septiembre de 2019 Sánchez afirmó en La Sexta que «no dormiría por las noches como el 95 por ciento de los españoles», si hubiese aceptado gobernar con Podemos tras las elecciones de abril de ese año. Para menos de dos meses después de esas declaraciones abrazarse con el protagonista de sus pesadillas y formar el gobierno de coalición social-comunista.

La capacidad para resistir a las hemerotecas que le colocan ante mentiras indiscutibles nos llevaría al análisis de la personalidad de Sánchez, que es el político que más desprecio tiene por la

verdad de los que he conocido. Me resulta verdaderamente increíble su capacidad para no inmutarse ante las hemerotecas, fonotecas y videotecas que le ponen delante declaraciones y promesas tuyas que directamente le convierten en un mentiroso sin el menor complejo. Aunque ya comentan que Lenin decía que la mentira es un arma revolucionaria.

La fórmula para cambiar el régimen

Pero volvamos al proyecto político de la coalición que está en La Moncloa. Un proyecto de cambio de régimen, que nunca había estado entre los objetivos del PSOE de la Transición y del felipismo, aunque sí ha estado siempre presente en los programas de los comunistas de Podemos. En la actual coalición Sánchez lo ha hecho suyo y está dando los pasos necesarios para llevarlo a cabo con auténtico fervor.

Para cambiar el régimen los ideólogos de Podemos quieren utilizar un procedimiento que a mí me parece enormemente peligroso, pero que, por desgracia, puede resultar tremendamente eficaz, y Sánchez se está prestando a usarlo sin la menor reserva. Se trata de usar la idea y la palabra democracia de una manera fraudulenta.

Cuando se empieza a hablar de democracia hay que tener siempre presente que *la democracia no es un fin en sí misma, sino que es un medio para alcanzar un fin mucho más valioso y más trascendental: la libertad.*

No se puede utilizar la democracia como coartada para restringir la libertad.

Esto quiere decir que los ataques o las limitaciones a la libertad no pueden nunca justificarse con el argumento de que una

mayoría de los ciudadanos lo han querido. Insisto en que por muy amplia que sea esa mayoría hay valores superiores que no se pueden tocar. Por ejemplo, por muchos ciudadanos que votasen que hay que restablecer la esclavitud, y aunque fuesen una mayoría aplastante, no se podría legalizar la esclavitud. O la implantación de alguna discriminación por motivos de raza, de religión o de sexo.

Es decir, que la democracia no lo puede todo. Que el 50,1 por ciento de los votos no da derecho a todo, ni siquiera el 99 o el cien por cien. Ya los primeros estudiosos que reflexionaron acerca de la democracia, con Tocqueville en un lugar prominente, alertaban sobre el peligro que puede existir cuando esa mitad más uno de los votos se usa para imponer la dictadura de la mayoría. Porque la utilización de métodos democráticos no puede acabar con una de las características fundamentales que deben tener las sociedades libres y abiertas, la de proteger los derechos de todos, especialmente los de las minorías.

Como ya dijo Hayek, es verdad que lo que legitima al poder es su carácter representativo. Sin embargo, el poder adquirido de forma legítima pudiera ser ejercido con arbitrariedad y convertirse en un poder tan opresor como la peor dictadura.

No puede decirse de la democracia lo que con verdad decía Lord Acton de la libertad, que esta «no es un medio para un fin político más alto; es, en sí, el fin político más alto». La democracia no es un fin en sí misma, es esencialmente un medio para salvaguardar la libertad individual y la paz interna.

No hay que olvidar que Hitler llegó al poder sin necesidad de destruir la democracia, simplemente se aprovechó de su decadencia y ya nos advirtió Hayek que «bajo el gobierno de una mayoría muy homogénea y doctrinaria el sistema democrático puede ser tan opresivo como la peor dictadura». Cuando la

democracia deja de ser una garantía de la libertad individual, puede muy bien persistir en alguna forma, bajo un régimen totalitario, ya que en estos casos quienes ostentan el poder se encargan de controlar todos los poderes para asegurarse su permanencia en él. Recuérdese que en los países de la Europa Oriental se votaba y que esos países se denominaban democracias populares, y que ahora se vota en países como Venezuela o Cuba.

Es errónea la creencia de que mientras la fuente última del poder sea la voluntad de la mayoría, el gobierno no puede ser arbitrario. Es falso creer que en tanto el poder se adquiera por un procedimiento democrático (y la mayoría del Congreso lo es) el gobierno no puede ser despótico, porque no es la fuente del poder, sino su limitación lo que impide al gobierno ser arbitrario.

La voluntad de la mayoría es lo que legitima al poder en su origen, pero la garantía frente al ejercicio del poder arbitrario, despótico y opresivo la prestan los límites que se le imponen al poder: en nuestro derecho, la Constitución y las leyes que la desarrollan, que constituyen el Estado de Derecho.

Además, la democracia tiene que servir para salvaguardar otros valores superiores que no pueden estar sometidos al arbitrio de decisiones que se tomen por mayoría. Por mucha mayoría que tengan.

La democracia, que es el mejor de los métodos que se han encontrado para gobernar las sociedades que quieren ser libres por encima de todo, no puede olvidar que es un método al servicio de un fin muy superior, como ya he señalado, el de preservar la libertad de todos los ciudadanos. Churchill ya dijo que «se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno, si exceptuamos todas las demás». La democracia no puede ser un subterfugio para acabar con los límites que siempre hay que contraponer al poder.